



EN MES.

Madrid... 4
Provincia... 5

EL OMNIBUS,

EN AÑO.

Madrid... 40
Provincia... 50

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

PAULINO EL PILOTO.

Paulino marchaba de prisa con la cabeza erguida por el camino que conduce desde San Sebastian á Irún. Su sombrero de hule le caía sobre la oreja; el cuello largo de su camisa azul descansaba orgulloso sobre una chaqueta con botones de latón, relucientes como el oro; su pie, calzado con escaurpines, volaba, en una palabra, Paulino tenía un aire gentil. Su hermosa cara, donde brillaba la sonrisa, daba á entender

que apenas rayaba en diez y siete años, á pesar de la tintura de vejez que la atmósfera del mar y el sol del trópico habían impreso en su rostro. En sus ojos era fácil leer el contento, y en su rápida marcha la impaciencia de una dicha futura. En efecto, Paulino iba á volver á ver á su anciana madre, á su hermana María, su casa y sus amigos. Volvía triunfante después de una expedición de tres años, al través de las olas del Océano. Su inteligencia, su buena conducta y su disposición para el trabajo, le granjearon el aprecio de su capitán, quien le tomó gran cariño. Su valor y sangre fría en algunas tormentas, en que la fragata en que era piloto había estado á riesgo de perecer, le habían proporcionado el ascender. De vuelta á San Sebastian, y dispuestos á salir á una travesía en el mar del Norte, había obtenido una licencia de tres días, y su objeto era emplearlos en divertirse opíparamente. Gracias á sus muchas economías y á la generosidad de su capitán, tenía la bolsa mas repleta que todos los pilotos del mundo. Poseía una suma de dos mil reales.—Yo no tengo mas que sesenta horas más, decía; pero no importa, yo sabré emplearlas tan bien, que las haré valer por un mes de fiestas y de placeres. ¡Oh amigos míos! nos vamos á divertir grandemente, no tengáis cuidado, no os haré comer galleta, ni beber agua turbia y salada. Venga el mejor vino, pollas asadas; ¡salud al clima ardiente! como dicen en mi país! El aguardiente dá alegría; pero dentro de un minuto veré á mi madre y á mi hermana: esto antes que todo; los daré la mitad de mi bolsa; para ellas mis mejores duros. Diciendo esto se puso á bailar alegremente, porque el pensamiento de una buena acción redobla la dicha y disipa el mal humor. Pronto divisó el campanario de su pueblo, su corazón latía de gozo, y echó á correr. Pasado un cuarto de hora se halló delante de la casa de su familia.

Era domingo: su madre y hermanas, sentadas en un banco de piedra á la puerta; debajo de la única ventana que daba luz á lo interior, estaban hilando; parecían estar tristes y pensativas; sus miradas se fijaban en el suelo, y había en sus movimientos cierto abatimiento.

Paulino se paró un momento sin hacer ruido á contemplarlas, y vió caer una lágrima de su madre sobre el delantal. A este espectáculo sintió que se entristecía, y que su corazón se cubría de dolor. Aproximóse silenciosamente, poniéndose de rodillas delante de la anciana.

—¿Por qué lloras, mi buena madre? preguntó estrechándola en sus brazos.

La madre de Paulino dió un grito, y reconociendo en seguida á su hijo, casi se desmayó de alegría; le cubrió de besos y de lágrimas, y viendo los galones de oro que en las mangas llevaba el jóven marinero, creyó volverse loca de sorpresa y de placer. ¡Muger dichosa! Quería á sus hijos, como vuestras madres os quieren á vosotros, y había consentido con repugnancia el que su Paulino siguiese la carrera de marino, tan solo por satisfacer su inclinación.

—¡Virgen santa! exclamó, ¡mi hijo ya piloto!

na tristes y llorando. Les preguntó con todo el cariño de un hijo y de un hermano la causa de sus penas, pero le contestaron que con su visita se habían disipado, y que ya no se acordaban del motivo.

—Vayan al diablo las penas, dijo la madre echando un vaso de vino de Carliena á su hijo, que tenía reservado para ocasiones como la presente... Querido, ya estamos contentas, te vemos, y es todo lo que apetecemos...

Cuando se acabó la comida, Paulino sacó alegremente su bolsillo, que estaba lleno como el vientre de un pichón, desató los cordones con un aire de satisfacción, y echó sobre la mesa lo que contenía; en seguida miró á las dos mugeres para enterarse de su asombro. Las dos abrieron tanto ojo al ver el oro y la plata, y le felicitaron por su próspera fortuna. El jóven marino se puso á contarle, é hizo dos partes, ofreciendo la una á su madre y guardándose la otra. A esta acción la madre se levantó, y abrazó de nuevo llena de entusiasmo á su hijo. Sin exageración, esta era la décima vez, y las lágrimas corrían de sus ojos. María estaba admirada, lloraba. en cuanto á Paulino, creía haber hecho una cosa muy natural para sentir el menor envejecimiento.

—No, no, querido mío, le dijo su madre, nosotros no tomaremos tus economías; á Dios gracias, lo poco que poseemos, unido á nuestro trabajo, nos basta. Guarda tu dinero, que podrá serle mas útil que á nosotros. Pronunciando estas palabras, cogió la bolsa de manos de su hijo, y á pesar de la resistencia que hizo, volvió á meter la parte que la había dado.

—¡Haced como gustéis, señora, dijo Paulino, solo tendré el trabajo de volverlas á contar.

—¿Y qué quieres que hagamos de esto, replicó la hermana, mi querido Paulino?

—Aunque no fuese más que para darte, respondió Paulino con gracia.

A esta réplica, madre é hija se miraron; una sombra de melancolía se dejó ver en sus rostros, y hubo un momento de silencio que pronto interrumpió María.

—Gracias, gracias, hermano mío, estoy muy reconocida á tu generosa oferta, pero no me aprovecharé de ella, porque es probable que no me case nunca... Guarda tu dinero y diviértete; yo sé que un marino cuando llega al puerto, desea rehacerse de las fatigas del mar...

—Pero, pobre hermana, dijo Paulino, ya sonriendo, ya algo serio, ¿acaso no me queda bastante para todas las diversiones del mundo? Piensa en que no tengo mas de tres días para estar á vuestro lado.

Apenas dijo esto cuando entró en la pieza un jóven de bella presencia. Era un amigo antiguo de Paulino. El encuentro fué cordial y bebieron unos cuantos tragos. El jóven marino no creyó deber continuar la disputa del dinero delante de gentes, y resolvió antes tirarlo que guardarlo. En el discurso de la conversación mezcló algunas frases picantes contra la obstinación que algunos padres manifiestan en oponerse á los deseos de sus hijos. Su compañero, bello mozo que



Vista de Irún.

¡Esto es una bendición del cielo! Mira, mira, María, ¡qué hermoso está la hermana! y abrazaba con tal efusión á su hijo, que su hermana, que había abandonado la raeca y aguardaba un momento favorable para lo mismo, no encontraba medio de conseguirlo. En fin, los abrazos maternales cesaron, y el marino recibió en sus brazos á su hermana. Esta tenía cuatro años mas que él, y había sido, por decirlo así, su segunda madre, reuniendo gran parte de las cualidades de aquella.

Cuando hubo pasado la primera impresión de sorpresa y alegría, entraron en la casa, y se colocó sobre la mesa cuanto había de mejor para comer. Nuestro amigo Paulino tenía las mejores disposiciones gastronómicas, y la cena rústica que se le presentaba, no era á propósito para despertar su apetito. Pensó, sin embargo, que no tomando nada disgustaría á su madre y hermana, que se deshacían por servirle; sentóse, pues, á la mesa, y comió tanto como si hubiera estado en la mesa mas opípara. Por otra parte, sabía que la limpieza en el servicio le haría olvidar lo rústico de los manjares que devoraba con ansia.

Mientras que comía no olvidaba, sin embargo, que había encontrado á su madre y herma-

contaba apenas veinte y dos años, con un aire candoroso, fué de la misma opinión. Poco falló para que no acompañasen á esta declaración algunas lágrimas, que se asomaban á sus ojos, las que en vano procuraba reprimir.

—Y bien, ¿qué tienes, querido Paco? dijo Paulino, parece que tienes gana de llorar. ¿Estás descontento de tu familia?

—¿Qué, no te han dicho nada tu madre y hermana?

—Ni una palabra, querido amigo, respondió Paulino apretándole la mano. ¿Se puede saber lo que le entristece?

—Es muy sencillo, mi querido Paulino. Yo quiero casarme con tu hermana, María consiente, tu madre también, pero mi padre pone una condición.

—¿Una condición? ¿Cuál es?

—Hay en medio de mi campo una tierra que pertenece al maestro de escuela. Pues bien, mi padre quiere que mi futura aporte al matrimonio esta tierra, á fin de que yo pueda estar enteramente en mi casa, y no tener ninguna disensión con el maestro, que es algo impertinente. Desgraciadamente él no quiere vender sino á dinero contante, y quiere vender en dos mil doscientos reales, lo que á lo sumo no vale mas que mil doscientos. Tu madre no puede disponer de esta suma, yo he querido hacer entender á mi padre que la posesión de esta tierra no me haría mas feliz, y que á fuerza de economía, yo llegaré á poder comprarla, pero él no hace caso. Mi padre me ha respondido que yo entiendo mal mis intereses, y que no me dá su consentimiento. Acaba ahora de repetirme lo mismo.

—¿Ved qué padre tan inhumano! dijo Paulino sonriéndose. Quiere enriquecer por fuerza á su hijo casándose, esto es horrible.

—Y luego que el dinero no hace felices, dijo Paco.

—No, pero se dice que contribuye mucho, replicó Paulino. Vamos, vamos, no desesperes, amigo Paco, mi madre y mi hermana, á fuerza de trabajo encontrarán en diez años los mil doscientos reales en la caña de sus ruecas, y si tienes paciencia para esperar, os casareis tú y mi hermana. ¿Qué diablo! mas vale tarde que nunca; yo asistiré á la boda. No le gustó á Paco la chanza, y se puso triste; María, que servía la mesa, dirigió á su hermano una mirada de reprensión. La madre le regañó algo porque se burlaba de un negocio que les había dado tanto en que pensar á los tres. Pero pronto se restableció la alegría. Habiéndose corrido la voz de la llegada del joven marino al pueblo, los de las cercanías vinieron al momento á ver á su antiguo compañero. Fueron juntos á la botillería, donde los brindis se sucedieron con una rapidéz propia de las libaciones de Homero. Solo Paulino y Paco bebieron con moderación; luego que observaron que sus compañeros estaban algo alegres, se escaparon de la botillería. Paulino se fué á visitar al alcalde y al cura, y Paco marchó á esperarle en casa de su madre; cuando entró era ya tarde, y le esperaba la cena.

—Parece que el cura y el alcalde te han preguntado acerca de tus viajes, porque la cena te esperaba.

—Perdon, madre mia, en efecto, he hablado bastante, y se me pasó la hora.

—Vamos á la mesa; comed la sopa, mientras yo hago una tortilla.

—Y nos chapuramos los dedos, porque me acuerdo que las hace vd. muy bien, dijo Paulino, viendo los platos que llenaba hasta arriba. Verdaderamente... verdaderamente, yo queria experimentar cuál era la mejor cocinera de Guipúzcoa, y me he acordado que en ninguna parte se guisa como en casa; así yo sería un tonto en ir á gastar mi dinero á otra parte... ¿No es verdad, madre?

—Sí, hijo mio, sí.

—Ved aquí una, que podría resucitar á un muerto, dijo Paco.

—María es quien la ha compuesto, dijo la madre, y sin que sea vanidad, está bien compuesta.

—¡Oh! esto no me admira, replicó Paco con galantería.

—Amigo Paco, repuso entonces el joven marino, tú te alegrarás encontrar una cena como esta al volver del campo... ¿No es verdad que la tibia es bonita? Es preciso que tu padre sea duro

co no un cuero, para no ceder á estas consideraciones, y será necesario que yo le hable esta misma noche para decirle.

—Amigo Paulino, estoy seguro que no le vencerás; cuando se le mete una cosa en la cabeza, no hay diablos que le convengan.

—¡Mire vd., que terco! Pero no importa: veremos.

La tortilla estaba en punto. La madre la sirvió limpia como un erisol, y con un plato de berzas; en seguida se puso en la mesa entre los cuatro convidados.

Después de cenar, Paulino se fué á casa del padre de Paco, mientras que su madre, su hermana y su amigo se paseaban alrededor del pueblo, en las verdes praderas de florida yerba, adornadas de frondosos árboles. Pronto se volvió Paulino á encontrar con ellos, anunciándoles que el padre de Paco era inexorable, y que nada había querido ceder de su exigencia. Al decir esto se mordió los labios para contener la risa, viéndolo la cara triste que puso su amigo.

—Ya te lo había yo dicho, Paulino, dijo Paco.

—Amigo, qué quieres! será menester ceder.

—Tú hablas con calma, si estuvieses en mi lugar.

—Si yo fuera que tú, no desesperaría tan pronto.

—Escucha, mañana viene á cenar con nosotros, cenaremos juntos, ¿y quién sabe?... No es verdad, madre?

—Cierto, cierto, hijo mio.

—El padre de Paco me ha prometido venir á celebrar con nosotros mi llegada y mi marcha á un tiempo; entonces le hablaremos del asunto; María nos comprará una cena como la de esta noche, mi madre descorchará otras dos botellas de las de reserva; todo esto pondrá al padre de Paco de buen humor; ó el diablo no lo quiere así, ó creo que esta noche ha de ser vuestra boda.

Paco bajó la cabeza: María miró á su hermano con unos ojos en que se advertía la sospecha y la inquietud. Paulino afectó la mayor indiferencia. En cuanto á la madre, esta no pensaba mas que en recibir á su compadre dignamente.

Al día siguiente por la noche, María puso la mesa cubierta con un mantel blanco (cosa rara entre los pobres). En vez de cinco cubiertos puso diez, porque su hermano había convidado durante el día á cinco personas mas. El padre de Paco y este fueron los primeros, en seguida llegaron dos parientes de Paulino, y otros dos de su amigo.

No se aguardaba mas que al joven marino y á otro convidado, cuyo nombre se ignoraba. Llegó por fin Paulino acompañado del escribano del pueblo.

—Vean vds. aquí al escribano que quiere honrar nuestra cena con su presencia. Sea bien venido. ¿No es verdad? Todos se levantaron saludando al recién llegado, hombre rústico como todos los escribanos de pueblos; sin embargo, su dignidad era franca y animada.

—Buenas noches, señores, dijo sonriéndose.

—Parece que cenamos juntos. ¡Ah! esto es un placer... fuera de las indigestiones.

Los convidados se echaron á reír á carcajadas, y entre las risas se conocía el apetito que tenían.

—¡A la mesa! gritó la madre de Paulino. La compañía hizo movimiento de arrimarse, mas el escribano lo impidió.

—Un momento, señores, un momento, dijo: ¡qué gana tienen vds. de cenar! pues sepan que antes de ponernos á la mesa tenemos que firmar un contrato.

—¿Un contrato? dijeron todos.

—Sí, señores, un contrato, replicó el escribano, sacando del bolsillo papel, pluma y tintero.

—¿No es verdad que el señor Jimenez casa á su hijo Paco con la hija de la madre de Paulino? Ignoro por qué se hacen vds. los desentendidos.

Una profunda sensación se notó en todos los circunstantes, excepto en Paulino, á quien el escribano dirigió una mirada de inteligencia.

—Os veo sorprendidos, dijo el escribano, y no creo que esto tenga nada de particular.

Al fin el padre de Paco, vuelto ya de la sorpresa, le replicó al escribano:

—Yo no he consentido ni consentiré jamás en este matrimonio, á menos que...

—A menos que la esposa no lleve en dote el pedazo de tierra que está dentro de la hacienda de vuestro hijo...

—Justamente, señor escribano...

—Pues bien, esa tierra se ha vendido ayer en mi oficio por dos mil reales; ved aquí la escritura de venta. El comprador es Paulino, quien hace donación de ella á su hermana María.

—¡Paulino! exclamaron todos los circunstantes.

—Sí, Paulino, dijo entonces el joven marino llegándose á su hermana y madre que lloraban de alegría. Paulino, que no ha hecho otra cosa que lo que vds. hubiesen hecho tratándose de hacer feliz á su hermana, sin privarse mas que de algunos gastos tontos. Ahora, ¡viva la alegría! Señores, á cenar.

El día siguiente fué consagrado á la alegría en casa de Paco, pero á las cuatro tuvo que marchar Paulino á San Sebastian, y se despidió de la familia. Todos lloraban; marchó con la bolsa desocupada; una lágrima se asomaba á su rostro, y la sonrisa á los labios.

—¡Oh, madre mia! ¡Oh, querida hermana! vals á ser dichosa... ¡Bendito sea Dios!

Y tarareando una canción guerrera, como para distraerse de la tristeza que le causaba la separación, se alejó, tal vez para siempre, de su familia.

Paulino no volvió á Guipúzcoa hasta pasados dos años: entonces había guerra con Inglaterra, y el joven contramaestre, tan valiente marino como buen hijo y buen hermano, había ganado la cruz y el grado de teniente. A fuerza de valor, trabajo y perseverancia ha llegado á ser capitán de corbeta. Los antiguos marineros le llaman el valiente; en su familia se le da el nombre del *buen Paulino*.

Si es hermoso, queridos niños, el merecer el primer elogio, aun lo es mas el merecer el segundo.

Ademas, la verdadera honra y el verdadero valor caminan siempre á la par.

LUISA DE LORENA.

El 29 de abril de 1453, Margarita de Richmond, primera mujer de Nicolás, duque de Mercœur, conde de Vaudemont, dió á luz en Nomeny, en un castillo gótico sobre las orillas del Sená á la *princesa* Luisa. Al tiempo de su nacimiento no había ningún príncipe de la primera rama de la casa de Lorena. El duque Nicolás deseaba un hijo; Luisita fué recibida con mas resignación que placer. Ni aun se cuidó de que se bautizase con la pompa debida á su rango, en la catedral de Nancy, ciudad donde entonces reinaba su primo-hermano el duque Carlos de Lorena. Fué modestamente llevada á la pila bautismal de la iglesia Nomeny; tuvo por padrino al obispo de Toul, por madrina la condesa *Luisa de Salin*, que la dió su nombre.

Su madre enfermó de resultas del parto, y Luisa apenas tenía dos años cuando Mad. de Champy, su aya, vino llorando á buscarla para llevarla cerca del lecho de su madre moribunda. A la cabecera de este lecho ardian unos cirios, mientras un sacerdote de rodillas la encomendaba el alma. Estas oraciones repelidas con voz triste por muchas personas postradas alrededor de la cama, inspiraban terror. Luisa, á la vista de este cuadro funebre, llora á gritos. Su voz parece que reanima á la enferma, que le alarga los brazos, y Luisa olvida su espanto para abrazar á su madre. Entonces la duquesa desata de su cuello una sarta de perlas que tiene pendiente una santa reliquia.

—¿Que ella te proteja como á mí me ha protegido! dijo la moribunda poniendo el collar por encima de los rubios cabellos de Luisa; no la dejes nunca.

Después, no teniendo ya fuerzas para hablar, imprimió sus labios sobre la frente de Luisa, é hizo señales á Mad. de Champy para que la retirase pronto, temiendo mucho que su hija la viese morir.

El conde de Vaudemont amaba tiernamente á

su mujer, y con él escaso de su pesar estuvo mucho tiempo sin poder soportar la vista de la niña, cuyo nacimiento había causado una pérdida tan dolorosa. Luisa fué, pues, enteramente confiada al cuidado de su aya. El afecto de madama Champy á su educanda se aumentó en razón del abandono en que dejaba el conde á su hija. Únicamente ocupada en cuidar de la salud de Luisa y en formar su corazón, haciendo germinar en él la piedad fervorosa que distinguía á los príncipes de la casa de Lorena, Mad. Champy solo vivía para su educanda. Pero este afecto tan singular tenía los inconvenientes de los sentimientos apasionados; la hacía á veces injusta para con aquellos que no tomaban parte en su culto á Luisa. La señorita de Montvert, segunda aya de la joven princesa, dependiente en su cargo de Mad. de Champy, no la contradecía en su admiración apasionada, antes procuraba avilajarla por adulación, tanto que era necesario todo el buen natural de Luisa para no convertirse, á pesar del esmero perfecto del aya, en la persuita mas insupportable.

Pero si las cualidades naturales nada tienen que temer de un exceso de indulgencia, el mejor talento no puede estar al abrigo de las aduaciones que se reciben de las personas que se aman.

El conde de Vaudemont, no teniendo hijas, debía pensar en un segundo matrimonio. Muy pronto se supo que había pedido la mano de Juana de Saboya, hermana del duque de Nemours. Esta noticia llenó de desconsuelo el corazón de Mad. de Champy. «¡La pobre niña va, pues, á tener madrastra! exclamó. ¡Ah! que el cielo tenga compasión de ella.» Y sin pensar en la impresión que estas palabras debían producir en el ánimo de Luisa, que tenía ya cuatro años, las comentaba sin cesar. Después, cuando la niña la hacía preguntas acerca de la desgracia que la amenazaba, su aya le respondía que era preciso someterse á la voluntad de Dios, lo que calmaba los temores de la joven princesa.

—¿Qué es una madrastra? preguntó un día á la señorita de Montvert.

—Es un monstruo que hace la desesperación de las familias, respondió esta; una mala madre, es ella.

—¡Ay, Dios mío! respondió Luisa con espanto; ¿es, pues, una mujer que maltrata á los niños?

—Con mucha frecuencia, contestó la señorita de Montvert; después, arrepietándose de las preocupaciones que suscitaba, procuró debilitarlas, añadiendo que no todas las madrastras son malas: que las había también muy buenas para los hijos de los maridos. Mas la impresión se había producido, y cuando el día de la boda de Juana de Saboya con el conde de Vaudemont, este ordenó á la princesa Luisa abrazar á su segunda madre, la niña huyó llorando, y nada pudo reducir á recibir las caricias de la que ella llamaba su madrastra.

Aligida por este desvío, pero hallándole muy natural, la condesa tomó contra su marido el partido de Luisa, y se opuso á que fuese puesta aquella misma noche en un convento, como el conde de Vaudemont, irritado, lo había determinado.

Dos años se pasaron sin que pudiese vencer el desvío que experimentaba Luisa al acercarse la madrastra. Este sentimiento, alimentado por las clamores de Mad. de Champy, había llegado á ser invencible; y la condesa, desesperando ya de que Luisa la amase, solamente la veía en los días solemnes para la familia.

A la edad de siete años fué la princesa acometida de unas viruelas malignas que la pusieron en el mayor peligro. Temiendo que sus dos hermanos menores se contagiasen se la trasladó al punto al palacio de Nomeni. Encerróse en él Mad. de Champy con la enferma, sin separarse de ella ni de día ni de noche, y cayó en tal desesperación cuando los médicos la dijeron que la princesa estaba de peligro, que hubo que llevarla desmayada á su habitación, donde estuvo muchos días sin poder salir á causa de la calentura y del delirio.

La señorita de Montvert había buido del palacio luego que se presentaron los primeros síntomas de la enfermedad, tanto era lo que temía verse también acometida. ¿Quién, pues, iba á cuidar de la pobre princesa?

La enfermedad se había dirigido á sus ojos; había cuatro días que no los podía abrir; pero había recobrado el conocimiento, y preguntaba por su buena amiga. Así era como llamaba á Mad. de Champy.

—¿Por qué no está ahí? decía la niña lamentándose.

—Porque ella misma está también mala, y tiene necesidad de reposo, responde una voz dulce y afectuosa. Mas yo estoy aquí para cuidaros con amorosamente como ella os cuidaba, mi querida niña; no os afligáis y bebed esto, pues ella me encarga os ruegue me obedezcáis.

Esta súplica se hacía en un tono tan simpático, que á pesar de su repugnancia, Luisa tragó la cucharada de bebida que tocaba á sus labios.

—¿Quién sois, pues?

—Una niñera nueva que debe reemplazar á vuestra aya hasta que se restablezca.

—¡Ay! ¿no permaneceréis aquí como ella toda la noche?

—Si, niña mía, me estaré de día y de noche mientras necesitéis mi asistencia; y cuando estéis mas fuerte procuraremos divertirnos; pero me amaréis un poco ¿no es así?

—¡Oh! sí, respondió Luisa, buscando con su mano ardiente la de la persona que la hablaba. Veo bien que es mi aya quien os envía. Vos queréis á los niños; ¿no sois una madrastra, no es verdad?

La mano que tenía la de Luisa se retiró. Siguióse un largo silencio.

—¿Cómo os llamáis? preguntó la enferma.

—Juana, se le respondió.

—Pues bien, Juana, ¿sabéis historia bonitas como las que me contaba Mad. Champy, en las que siempre había bellos caballeros de Lorena, torneos, ermitaños?

—Ciertamente sé algunas muy interesantes, y que os harían dormir tan bien como las suyas.

En efecto, desde el primer cuento se había quedado Luisa dormida, y aquel sueño bienhechor debía triunfar de su calentura.

Dos días después habían cesado las inquietudes que causaba la enfermedad; pero se temía mucho quedase desfigurado el rostro de la princesa. Los médicos declararon que se desfiguraría si se arrancaba las postillas que cubrían todas sus facciones, y propusieron darle los brazos á la cubierta de la cama. Como la idea de verse así sujeta desesperaba á la enferma, su nueva aya se comprometió á velarla con tanto cuidado que impediría se rascase la cara.

Luisa reconocida quiso abrazarla, y Juana abrazó á la enferma, lo que no es menos animoso que permanecer de día y de noche con los ojos fijos en ella.

Los enfermos son caprichosos, voluntariosos. Luisa, incomodada con el olor del alcanfor de un colirio que servía para darle en los ojos, no quiso que la volvieran á dar con él. Las amenazas de que se quedaria ciega, los ruegos, nada la pudo decidir á obedecer, y el médico salió del cuarto diciendo: puesto que no quiere se impida que se fea y enferma, nada mas tengo que hacer aquí.

—¿Quién me llora? preguntó Luisa.

—Soy yo, dijo Juana. ¿Cómo no afligirse al pensar que os quedareis así por vuestra culpa?

—Pues no llores mas, replicó Luisa con voz enternecida, y ven á darme fomento en los ojos. Haré todo lo que quieras... pero no llores mas.

Entonces Juana tomó el bote, y bañó los ojos enfermos muchas veces, dando gracias á Luisa por su docilidad.

—¡Oh! exclamó la niña con una alegría delirante, ¡aya mía, ya veo claro!...

En efecto, sus párpados se habían entreabierto; mas la fuerza de la luz los había hecho cerrarse de nuevo súbitamente.

Juana se precipita al punto hacia la ventana; corre las gruesas cortinas de Damasco, y la oscuridad que reina, sin ser completa, permite á la princesa mirar en derredor de sí.

—Juana, Juana, ven, pues, que yo te vea.

Pero Juana se ocultó detrás de las cortinas que están á la cabecera de la cama.

—¿Dónde, pues está? ¡Ay, Dios mío, ya no está oscuro! ¿Qué contenta estoy!... Tú eres la que me ha curado los ojos... Ven, te daré las gracias... ¿No estás también contenta?

—Si, soy dichosa, responde Juana adelan-

tándose para tomar la mano que le alargaba Luisa. Mas está, herida de un terror súbito, exclama:

—¡Cielo, la condesa. Y vuelve á caer sobre su almohada, casi sin conocimiento.

—¡No, es tu madre! dijo Juana de Saboya bñando en lágrimas el brazo de Luisa. Mira la pena que le causas, reanímale para consolarla.

Los acentos de esta dulce voz recuerdan en el corazón de Luisa los tiernos cuidados de la condesa, y su temor se disipa.

—¿Luego me amáis? dijo Luisa.

Los abrazos de su madre política sirvieron de respuesta. Entonces se entabló la intimidad entre la noble enfermera y su enferma.

Y Luisa, arrepentida de su injusta prevención contra la mujer de su padre, le promete todo el cariño de una hija sumisa.

Esta promesa dictada por el reconocimiento, fué muy fácil de sostener, porque la condesa de Vaudemont se convirtió desde aquel momento en la mejor de las madres para la joven princesa. Se puede juzgar por este rasgo. Luisa de Lorena, así que fué creciendo, descubrió una belleza sorprendente, y su misma madre política la condujo á la corte del duque Carlos, para ser colocada al lado de la duquesa Claudia, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis. Allí Juana de Saboya se aplicó á desarrollar en su hija política todas las cualidades que la hacían amable en su infancia, y á que adquiriese esa cultura de lenguaje, esa gracia de los modales que la duquesa Claudia había traído de la corte de Francia á la corte de Lorena.

Mas la princesa debía muy pronto llorar la pérdida de esta segunda madre, tan perfecta, tan adorada, y ver la sucesora Catalina de Lorena, hija del duque de Anjou, mujer altanera, celosa, que había de convertirse en enemiga de Luisa á causa de su hermosura. Desde entonces la existencia de la princesa fué tan cruel como antes había sido feliz. Como todos los días se ofrecían ocasiones de malos tratamientos de parte de la nueva madrastra, pensó sustraerse de ellos por algunos momentos, obteniendo de su padre el permiso de ir todas las semanas á pie en peregrinación á San Nicolás. La historia nos cuenta que iba vestida de aldeana, acompañada de sus criados de honor, de un gentil-hombre y de un lacayo, empleando ella misma en limosnas los veinte y cinco escudos que tenía mensuales para alfileres.

Una tarde que volvía cansada de esta correría, y se disponía para acostarse, aunque todavía era temprano; entra en su cuarto Catalina de Lorena, diciendo en tono irónico:

—¿Así tratáis, señorita, de recogeros á estas horas, y sustraeros de la admiración que os espera? ¿No sois el astro de la corte de Lorena? ¿Y podemos recibir un rey en ella sin presentarle lo que tenemos de mas bello?

—Dispensad, mas no os entiendo, señora, dijo Luisa.

—¿Qué, no acertáis que el joven rey, que debe pasar por aquí para ir á hacerse conocer en Varsovia, ha llegado; que debe partir mañana, y que el duque Carlos quiere aprovechar esta noche para festejarle y presentarle lo que hay de mas notable en su corte?

—Bajo ese título me parece, señora, que yo podré dispensarme...

—No, no, respondió la condesa, vuestro padre os manda que os vaitis al punto y me sigáis á palacio.

Era preciso obedecer esta orden imperiosa. Luisa pasó á su gabinete de tocador, y volvió muy pronto vestida con un traje de corte sencillo, pero elegante, que daba resplá a su talle noble y airoso. Sin adorno estaba encantadora; adornada sorprendía y llamaba todas las miradas. Así que el duque de Aviñón la vió, se quedó mudó de admiración por algunos instantes; ninguna de las jóvenes bellezas que gustaba Catalina de Médicis tener á su alrededor, habían dado á su hijo la idea de una cara tan encantadora, de un todo tan perfecto. Bernastado conmovido para atreverse á dirigirla la palabra, después de haberla saludado, fué Enrique á colocarse al lado de su hermana la duquesa Claudia, y la hundió á preguntas sobre su hermosa prima. La duquesa respondió que Luisa era tan buena como hermosa, y citó como prueba de su aque-

bilidad su constante resignación en soportar los malos procederes de su madrastra. Enrique soltó algunas palabras de enojo contra el demonio encarnizado contra aquel ángel, y manifestó una severa frialdad para con el conde de Vaudemont y su mujer.

El itinerario del viaje de un rey siempre es fijo: un día de retraso ó la mas leve alteración es destruye el orden y espone á inconvenientes sin número. A pesar de las representaciones de sus cortesanos, Enrique quiso estar todavía un día en Nancy. Era, según decía, para tener algunos momentos mas al lado de su hermana; y además, siempre se siente tanto dejar la hermosa Francia, aunque sea para buscar una corona!

La caza, el banquete y el baile ocuparon este segundo día. Nunca el duque de Aviñon pareció mas amable: ¡tenía tanta gracia, tanta elegancia! ¡sus facciones nobles y finas tomaban una expresión tan seductora cuando quería agrada! En fin, todos pensaron que era una gran desgracia que un príncipe tan agradable se dejase la Francia para ir á reinar en Polonia, y Luisa pensó como los demás.

La partida del duque de Aviñon la volvió á toda la tristeza de su situación. Los celos de su madrastra, excitados por el brillante triunfo que la princesa acababa de obtener, inventó nuevos ardides para hacerle daño en el ánimo del conde de Vaudemont, injustamente tratada por su padre, perseguida por su madrastra, el valor de Luisa se había agotado; pensaba retirarse á un claustro.

La muerte de Carlos IX llamaba al trono de Francia al joven rey de Polonia. Este acontecimiento regocijaba al pueblo y á los grandes, porque el recuerdo de las victorias de Jarnac y de Moncontour, ganadas á los diez y ocho años por Enrique, probaban su valor; su generosidad era conocida, y en Francia se quiere tanto á un rey valiente y generoso! Luisa fué la sola que no se alegró de este acontecimiento. ¿Qué le importaba la elevación de un príncipe que había visto una sola vez, y que sin duda no se acordaba de ella? ¿se atrevería á pedirle protección contra su enemigo? no: esta enemiga era la mujer de su padre: ella debía respetarla y ostarla sumisa.

Una mañana que dormía aun, fué despertada la princesa por el ruido de la puerta que se abrió de pronto. Entraba la condesa de Vaudemont. Luisa no duda que viene á reprenderla porque no ha asistido á la hora de levantarse aquella, de lo que se disculpa.

—Soy yo la obligada á concurrir á la hora que vos, señora, os levantaís, la respondió la condesa; y la que debo excusarme de haber quizás faltado á lo que os debo... Sois reina de Francia. Vais á casaros con el rey: me apresuro á participaros la noticia. Mas vos habeis nacido buena y generosa, señora, olvidad los disgustos que yo he podido causaros: no reuseis vuestra protección á mis hijos, vuestros hermanos, y mediante ellos perdonad á su madre.

La princesa creyó estar soñando. La sorpresa la impidió contestar. ¡Ella, la hija de un hijo menor de la casa de Lorena, aspira á la alianza del rey mas poderoso de la Europa! Esto no podía ser mas que una ficción para experimentar su orgullo. Iba, en fin, á abrir la boca para manifestar que no se hacia ilusion de este paso, cuando el duque de Lorena, su primo, y el conde de Vaudemont, su padre, vinieron á instruirle de la petición del rey, y prepararla á recibir los respetos que el marqués de Guart iba á entrar á ofrecerla en nombre de su augusto amo.

No era un sueño, Enrique III, seducido por la hermosura de la princesa Luisa, y mas todavía por los elogios merecidos que le hicieron de su noble carácter, la prefirió á los mas grandes partidos de la Europa.

Respuesta apenas de su admiración, se preparó la princesa para recibir las personas de la corte de Lorena, admitidas por su rango á felicitarla: despues fué conducida á la misa como reina de Francia. En el momento de entrar en su capilla, volvió la vista á la condesa de Vaudemont, y la encontró llorando.

—Abrazame, dijo: en el trono se olvidan los amigos, según dicen. Yo en él no quiero olvidar sino á mis enemigos.

A estas palabras la condesa de Vaudemont se arrojó ante la que la perdonaba, y todo el pueblo gritó:

—¡Viva nuestra buena reina!

MISCELANEA.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.—*Estrellas que corren.*—*Los bolidos.* No es preciso ser astrónomo para ver correr estrellas en el firmamento: ya sabéis que aunque las estrellas conservan habitualmente su puesto acostumbrado, no obstante, parece que algunas veces lo dejan, y que despues de trazar un surco luminoso mas ó menos largo, desaparecen súbitamente sin dejar vestigio alguno. El pueblo dice entonces: «¡mira correr una estrella!» y á poca no se acuerda de este fenómeno que los astrónomos han tenido cuidado de enseñarnos.

Gracias, pues, á sus observaciones, sábese en el día que lo que se llama vulgarmente estrellas que corren, es un meteoro ó aparición pasajera producida por un cuerpo metálico que cae de tanta elevación y con tal rapidez, que se inflama hasta el punto de convertirse en luminoso. Algunas veces cuando principiamos á verlas, las estrellas que corren debon estar todavía á doscientas leguas de la tierra, y se apagan al llegar á nuestra atmósfera: pero aun brillan mucho tiempo despues de haber caído bajo la forma de una piedra metálica.

Lo curioso es que caen muchas mas en ciertas épocas y en ciertos países mas que en parte alguna. Así es, que mientras entre nosotros se cuentan por docenas, en América, bajo la zona torrida, se las ve caer á millares, y no es como entre nosotros una caída por aquí ó por allí de piedras metálicas, sino una lluvia de piedras inflamadas, á la cual no seria bueno exponerse.

Agosto, sobre todo el fin de la primera decena de este mes, al parecer es favorable á este meteoro; así es, que las estrellas corren entonces en gran número sobre nuestro horizonte. En 1844, en la noche del 10 de agosto, los astrónomos de Francia, Italia y Alemania, se hallaban en su puesto ni mas ni menos que en los demás pueblos que tienen alicion á las ciencias y que desean contribuir á sus progresos. Uno contó sesenta, otro ochenta, y otro mas feliz, hasta mas de ciento: todos enviaron sus observaciones á la Academia de Ciencias de Paris, la cual pudo convenirse de que la noche del 10 de agosto de 1844 fué buena... en estrellas que corren, como se habia presumido.

Tambien en el mes de noviembre es época en que las estrellas corren en gran número, y si se pregunta por qué, es preciso agregar esta otra pregunta: ¿de dónde provienen esas piedras, esas masas metálicas que se caldean y se inflaman en su largo á la par que rápido viaje? No hay piedras ni metales en el aire, de consiguiente estas masas *bolidos*, se desprenden de algunos cuerpos celestes que pasan cerca de la tierra.

Esto es efectivamente lo que opinan los sabios desde que han observado que hay cierta regularidad en la aparición de las estrellas que corren. La tierra, como es sabido, ejerce el poder de atraer á sí otros cuerpos, lo cual se llama fuerza de atracción. Tal vez cuando algun pequeño planeta, ó tambien la luna en su calidad de satélite, viene á girar en derredor de la tierra, esta la arrebató una porción de la masa, y acaso á fuerza de atraer á sí todos los años alguna cosa por espacio de una larga sucesión de siglos, ha despedazado algun pobre planeta ó satélite sobrado débil para resistirle, porque la proximidad de los grandes no deja de traer peligros á los que no lo son.

A la verdad, los bolidos que se ven caer, y cuya caída se verifica algunas veces el mismo día con el fragor del trueno, son bien chicos, pero ¡cuántos no han debido caer en el transcurso de millares de años! Algunas veces, sin embargo, caen masas enormes, de lo que es testigo el que se halla en el Museo de historia natural de París, y pesa cien kilogramos. Todavía no es comparable con el bolido que cayó en Zacatecas (Méjico), y que pesa mil kilogramos.

En la vertiente ó costa oriental de las Cordilleras, á algunas leguas de Bogotá, en la América Meridional, hay otro que no ha sido mucho tiempo servia de ayunque á un herrero de aquel país, y cuya masa, que casi siempre tenia el brillo de la plata, pesaba mas de seiscientos kilogramos.

En 5 de enero de 1842 se vió en las cercanías de Borton Vendee (Francia), un globo de fuego que atravesaba el aire con gran presteza y fué á caer con gran detonación cerca de la aldea de San Cristóbal. Los trabajadores que labraban aquellos campos se asustaron en estremo, y en el sitio en que cayó el meteoro, hallaron en un agujero un bolido de cinco kilogramos de peso, y que se parecia á una piedra calcinada, es decir, quemada hasta el poderse reducir á polvo con facilidad. Esta piedra diferencíalusa de las que hemos citado antes, en que no contenia parte metálica, y los que la vieron dicen que el interior parecia estar formado de azufre y de sílex, es decir, de una piedra de la naturaleza de los gijarras.

El mes de agosto del mismo año, fué notable por el gran número de estrellas que observaron los astrónomos, habiendo contado uno veinte y tres en media hora, otro sesenta y dos en menos de dos horas, y un astrónomo de Viena hasta seiscientos sesenta y cuatro en seis horas. Era una verdadera lluvia de estrellas, ó mas bien de bolidos, cuya mayor parte corrían del S—O, al S—O.

Casi todas estas piedras eran, como el bolido del Museo de Paris, un metal muy duro y muy compacto, habiendo reconocido en él los químicos muchas especies de metales fundidos, por decirlo así, juntos. Como estos tres ó cuatro metales, entre los cuales el hierro es el que mas abunda, se hallan reunidos, y como se han desprendido de las rocas que en nuestro globo envuelven por lo regular los metales? He aquí unas cuestiones algo difíciles de resolver; porque, como dijimos mas arriba, puede probarse la caída de los bolidos, por decir positivamente como llegan hasta nosotros, es una cosa de que todavía no se ha creído capaz la ciencia.

COMUNICACION INSTANTANEA ENTRE LAS DIFERENTES PARTES DE UN TREN DE LOS CAMINOS DE HIERRO. La invención de Mr. Wikén para establecer una comunicacion entre el mecánico y el conductor en un tren de camino de hierro, ha sido experimentada en la línea del S. C. en Inglaterra, y la prueba ha salido perfectamente. El aparato es muy sencillo y no puede inutilizarse. Es aplicable á todos los trenes por largos que sean. Consiste en dos pequeñas cajas muy portátiles: se pone en una de ellas fija una pieza de caucho que comunica con la estremidad de un tubo de hoja de lata. Este tubo vá unido á otro á su estremo, y como está formado por piezas que se meten unas en otras, se puede, en caso de necesidad, acortarlo ó alargarlo en el momento mismo. En cada una de estas cajas hay un sencillo mecanismo, que apretado una vez por un mango colocado al estremo de la caja hace oír un agudo silbido que va del mecánico al conductor ó del conductor al mecánico, según hay necesidad. Este sistema de señales es tan sencillo, que no puede ser mas: un solo silbido, por ejemplo, significa, adelante; dos, pasado; tres, señal de peligro y parar; cuatro, señal de gran celeridad, marchad mas de prisa porque viene un tren detrás.

El modo de producir las diferentes señales es en la diferente presión del mango. Perfeccionando un poco el aparato, la comunicacion podrá llegar á establecerse entre todos los vapores y el conductor.

TERROR DE UN MARIDO.—Platicaban un día dos labradores sobre las buenas esperanzas de la cosecha, y el uno de ellos dijo:

—Si continúan esas lluvias unos quince dias mas, va á salir todo cuanto hay bajo de tierra.

—¡Ah Dios mío! ¿qué me cuenta usted? replió el otro. ¡Y yo que tengo dos mugeres bajo de tierra en el cementerio!

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Sta. Teresa, núm. 2.